

Extrañamientos

© *Extrañamientos, tetralogía de la añoranza a cuatro voces y un grafito*, 2021
© Vicente Lira, *Hogar, dulce hogar*, 2021
© Elena López Meneses, *Capín Melao*, 2021
© Maranta Rubiera, *Jose, pirata del nuevo mundo*, 2021
© Pedro Castillo, *Entre una nota y otra*, 2021

© de las ilustraciones: Alba Hoyos

Petalurgia, 2021

Colección Fabularia

petalurgia@gmail.com 

www.petalurgia.com

@petalurgia

Edición, diseño y maquetación:
María Gabriela Lovera Montero

Licencia Creative Commons de esta edición:



Reconocimiento / No comercial
Sin obra derivada / 4.0 Internacional

Madrid, 2021

Extrañamientos

Tetralogía de la añoranza
a cuatro voces y un grafito

Extrañamientos

LIRA / MENESES / RUBIERA / CASTILLO

Ilustraciones
Alba Hoyos

Colección Fabularia

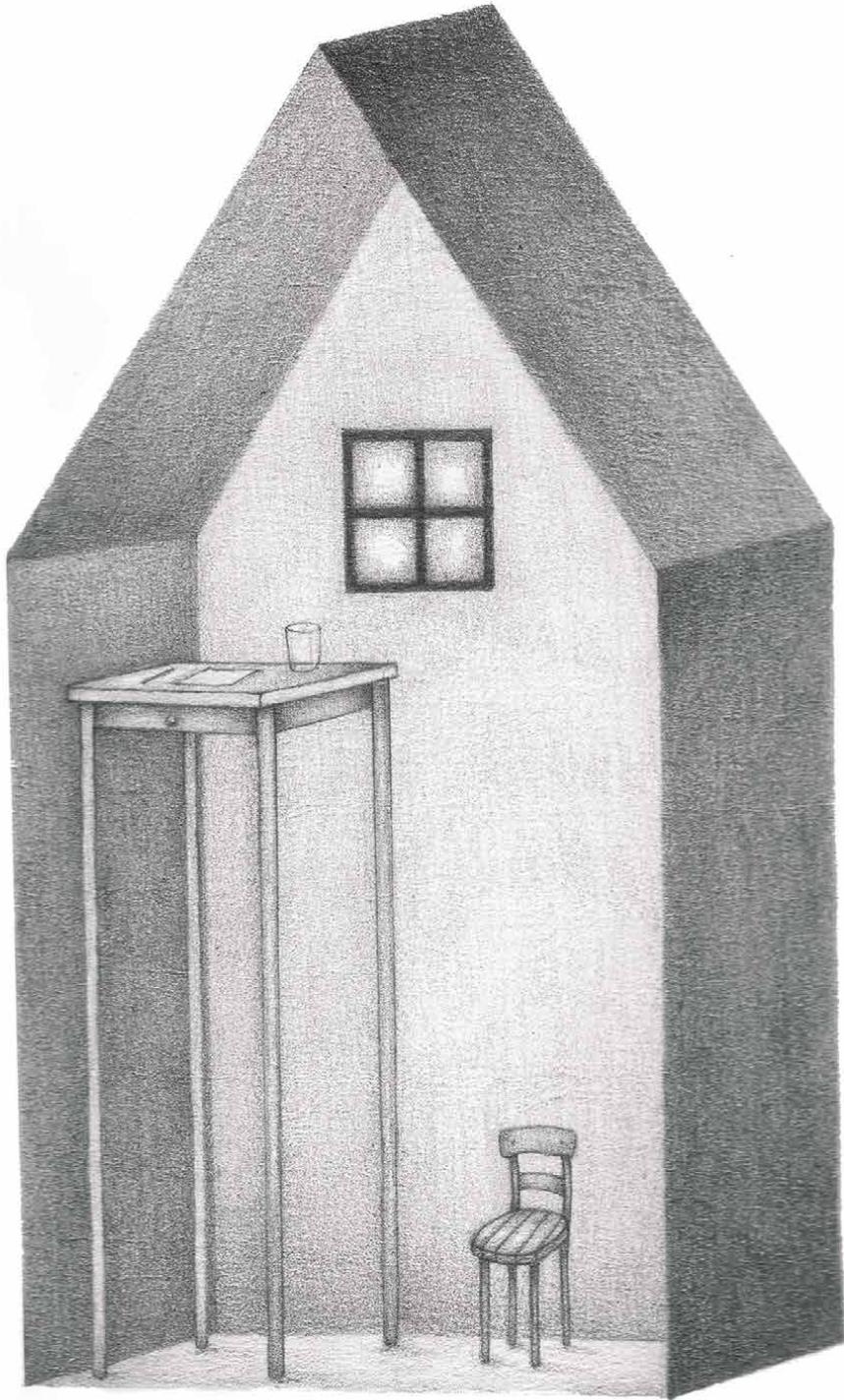
Breve presentación

Estrenamos la colección Fabularia de narrativa con esta *plaquette* ilustrada dedicada al tema del destierro. La hemos titulado *Extrañamientos. Tetralogía de la añoranza a cuatro voces y un grafito*. En ella, cuatro escritores venezolanos nos proponen su particular visión de la nostalgia de país, de lo que fue, de lo que se es en otras tierras o de lo que se deja de ser en la propia. Ilustra a lápiz cada texto, nuestra colaboradora Alba Hoyos, artista plástico e ilustradora madrileña.

Vicente Lira, Elena López Meneses, Maranta Rubiera y Pedro Castillo firman relatos inéditos que reflejan la realidad del migrante, también de quien se queda y sobrevive a un país resquebrajado que, aún así, se eleva intacto en la memoria. La ironía, la poesía, el humor y la desesperanza cobran vida en personajes que se enfrentan a su propio extrañamiento o al del otro.

Hemos querido hacer un primer acercamiento a una temática difícil, que quizá resuene con aquellos lectores que han dejado atrás una vida, un modo de ser, un tiempo.

María Gabriela Lovera



I

Hogar, dulce hogar

Vicente Lira

Tengo un corazón al que todos los meses le extraigo
las costras de amores perdidos.
Lo preparo para los que están por venir.
Lo lustro todas las noches,
intentando encubrir los posibles *para toda la vida* que han pasado.
Tengo años en esto, pero desde hace meses,
las costras se niegan a ser desprendidas.
Utilizo el cepillo de metal del olvido,
pero se aferran a las paredes,
me arrancan lágrimas, dejan huellas,
nuevas costras.
Dentro de poco dejará de latir.
Se está deshaciendo de mí.

VICENTE LIRA

Cuando te apartas de todo, la vida se convierte en una hoja en blanco. Puedes cambiar de país, de pareja, de razón de existir, de sexo, o de planeta, intentando ser otro, pero, aunque el ostracismo tiene aspectos positivos, también tiene otros que queremos obviar de manera conveniente. En mi caso, navego en el vacío, compartiendo con todo lo inmaterial como si tuviese vida y, así, la pequeña mesa azul que generalmente se encuentra en un cuarto haciendo tiempo para esperar que mis lentes se posen sobre ella antes de dormir, también se transforma en escritorio, comedor, silla y hasta en florero, cuando las visitas vienen a devorar el oxígeno que tanto me ha costado hacer propio. Ese mismo oxígeno que me asfixia, cuando llegada la noche solo tengo como compañía un pequeño bulto, desecho de almohada, que se empaña de sudor entre mis piernas para hacerme creer que tengo compañía. Mientras coloco los lentes en la pequeña mesita, el corazón crea costras

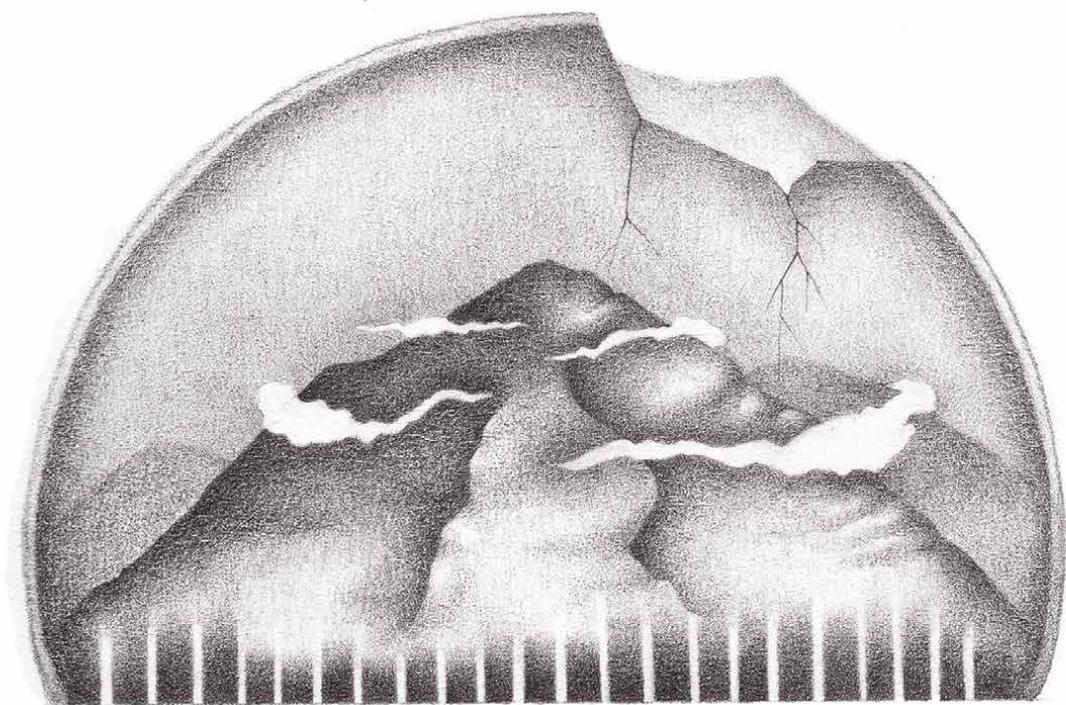
que no quieren desprenderse, pues comprende que nunca, mientras yo esté vivo, podrá abandonar ese espacio físico, pequeño cajón rodeado de huesos, que pareciera sostenerlo en el aire. Él comprende también que solo sirve de vía para que llegue la sangre al cerebro, para que así se pueda movilizar este conjunto de astillas del abandono que soy, astillas que se empeñan en fugarse mientras duermo. Él sabe que eso de que es el centro de los sentimientos es una incoherencia, que se desarma cuando aceptamos que tan solo es un músculo y, por lo tanto, no siente ni padece. Solo duele.

Me niego a respirar mientras los invasores del aire deambulan por este espacio cuadrado, rectangular, informe en donde vivo. Mi escritorio azul sube y baja de tamaño dependiendo de su resistencia, o de su necesidad de ubicarse en lugares apropiados y políticamente correctos, o de la hora que lo va guiando hacia un descanso eterno que, siendo igualmente absurdo, dura solamente un día, pero que se eterniza por ser él mesa, escritorio, comedor, silla, florero, almacén de lentes y, también, árbol desecho, cementerio, cadáver de bosque que no generó suficiente madera como para fabricar su propio ataúd, y que se pinta de azul para esconder la pena que le produce el abandono.

Cuando lo veo solo, acompañándome, quiero asesinarlo, pero él ya está muerto y yo, que aún sigo creyendo que estoy vivo, quiero matarlo para que caminemos juntos hacia el destierro.

Mientras tanto, día a día, intento subir los escalones que me llevan hasta mi casa, pero estos se empegotan en los zapatos, impidiendo mi tránsito fluido hacia el destino que he decidido completar: ese hogar que es la nada y el todo. Pero cuando finalmente las escaleras se dejan vencer, noto que aparecen cambios, imperceptibles, para mis invasores, cambios que, por el contrario, son totalmente visibles para mi difunto amigo azul y para mi corazón que sonrío en su dolor y desprende nuevas costras, para hacerme vivir un día más.

Una vez dentro, camino hacia la cocina y tomo el cuchillo. Es de sierra, me gusta, me hace sentir cómodo y seguro. Toco mi pecho y escucho latidos ansiosos. Y no sé si mi corazón retumba porque voy a continuar mi repetitivo monólogo existencial con mi extinto amigo azul, o simplemente porque voy a quedarme callado y conformarme con verlo transformarse en comedor, silla, mesa, florero... para finalmente colocar en él mis anteojos y esperar otro día.



II

Capín Melao

Elena López Meneses

«...Ha cumplido su misión...ahora la arrojan al descuido
para que caiga donde pueda».

WALT WHITMAN

El florecer en mi ciudad comienza un día cualquiera a los pies del verano. En cuatro actos solemnes va sucediendo con prisa glamorosa, y cada uno es un paisaje diferente por el que debes aguardar. Aunque su generosidad es visible a los ojos distraídos, solo puedes apreciar la sutileza de sus colores si prestas atención. Si te sustraes al ruido que deviene a tu alrededor, podrás captar el tenue impulso de su aleteo cuando se abre al cielo. Cientos de capullos pariéndose a sí mismos desde los formidables tallos de sus árboles. Cada uno con un nombre que solo entienden los afectos, van y se derraman tiñéndote los ojos con perfecta tonalidad rítmica. Si te rindes a la montaña que abraza a mi ciudad, contemplarás en su cumbre el torso desnudo de una mujer que descansa de espaldas al mar, que te subyuga con el malva de sus espigas y el tóxico capín melao que esconde entre sus faldas.

El ángel, que hasta entonces la había escuchado con atención, la interrumpió enseñándole un libro. Sobre la cubierta de cuero y, a pesar del polvo, se podía leer: *Manual para cultivar el desapego*.

Al tomarlo entre sus manos lo reconoció. —Lo hicieron a mi medida, — dijo ella—. Con tiras de mi piel lo encuadernaron. Una piel más tersa eso sí. No me recordaba tan desecha, pero hace mucho que procuro no palparme. Ya ni respondo al eco de mi voz cuando me llama.

—Lección número uno, —leyó el ángel—, «Sobre la ausencia y la añoranza de los afectos»:

tensar el olvido

hacerlo vibrar

nombrarlo

sentir cómo tiembla

invisible

certero

escuchar su agonía

irremediable

soltarlo para que desaparezca

en medio del vértigo

Admitió que había ocultado el libro olvidando incluso su existencia. Alguien a quien amaba y no estaba a su lado se lo había entregado tiempo atrás, cuando la alegría transitaba libre y sonreír no era un ejercicio doloroso.

—Tu ciudad es tierra arrasada —le dijo el ángel con aspereza—. Está desgarnecida y le han roto sus cristales. Sin importar el tiempo que te tome entiende que has de continuar, pero no mires hacia atrás. No voltees, no sea que te pase lo que a la mujer de Lot.

El ángel esperó a que batallara o se resistiera, pero ella había enmudecido.

—Te daré un par de alas —le dijo— en un arrebató de piedad. Para que puedas remontarte más allá de tu añoranza y tu vuelo sea tan alto y tan lejano que ya no tenga retorno.

Ella continuó en silencio, con la mirada oblicua en lo profundo de sus ojos. El ángel, que conocía bien el poder destructivo detrás de esa mirada y temiendo perderla, en un acto de renuncia irreversible, le entregó sus alas con todo lo que ellas contenían.

—Ve y convoca hechizos sobre otras tierras, allí donde fueron a dormir las sonrisas de tus hijos, y que sean otros mares los que se jacten de la sinuosidad de tus caderas —le dijo—.

Ella así lo hizo. Al menos lo intentó. Fue y se alzó por encima del mundo

y por debajo de él. Respiró montañas, llanuras y arrecifes. El aroma del salitre no era el mismo, tampoco el de la tierra mojada después de la sequía. Las risas ajenas a su afecto, las voces ignotas. Había perdido el mapa de sus árboles y en ellos guardaba su memoria. Giró sobre sí misma buscando regresar.

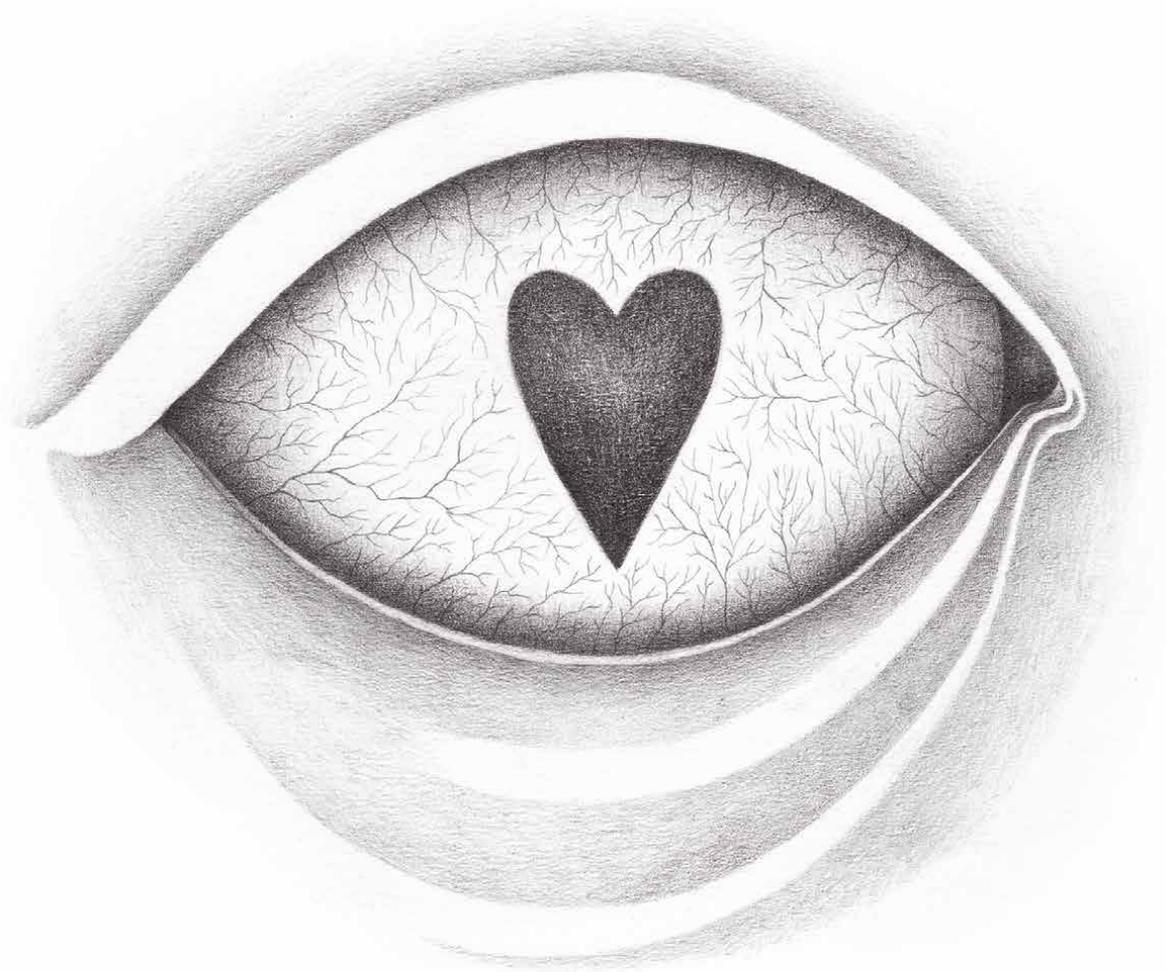
—¿No ansíes! —le advirtió el ángel—. Ya regaste tus flores y si tus brazos como espigas se baten en duelo con la ausencia, ¡déjalas que sangren de vacío!
Pero ella, fiel a sus tatuajes, iniciaba el retorno.

Con la boca envuelta en tierras lejanas, ahora roza con sus labios el infinito de una ciudad que ya no existe.

*sobre tus riscos de cemento me alzo en vuelo
para besarte las heridas fingiré ser ave
respiraré en tus memorias ciudad perdida
buscando hallarte prodigiosa
brotando vida
entre tus muslos de capín melao*

*en otro tiempo perfecto
fuiste dama victoriosa madre tierra
nunca celestina o meretriz*

*quién lo diría mi Caracas
en el solaz te encuentro
calva de honor
pariendo hombres
sin coraje*



III

Jose, pirata del nuevo mundo

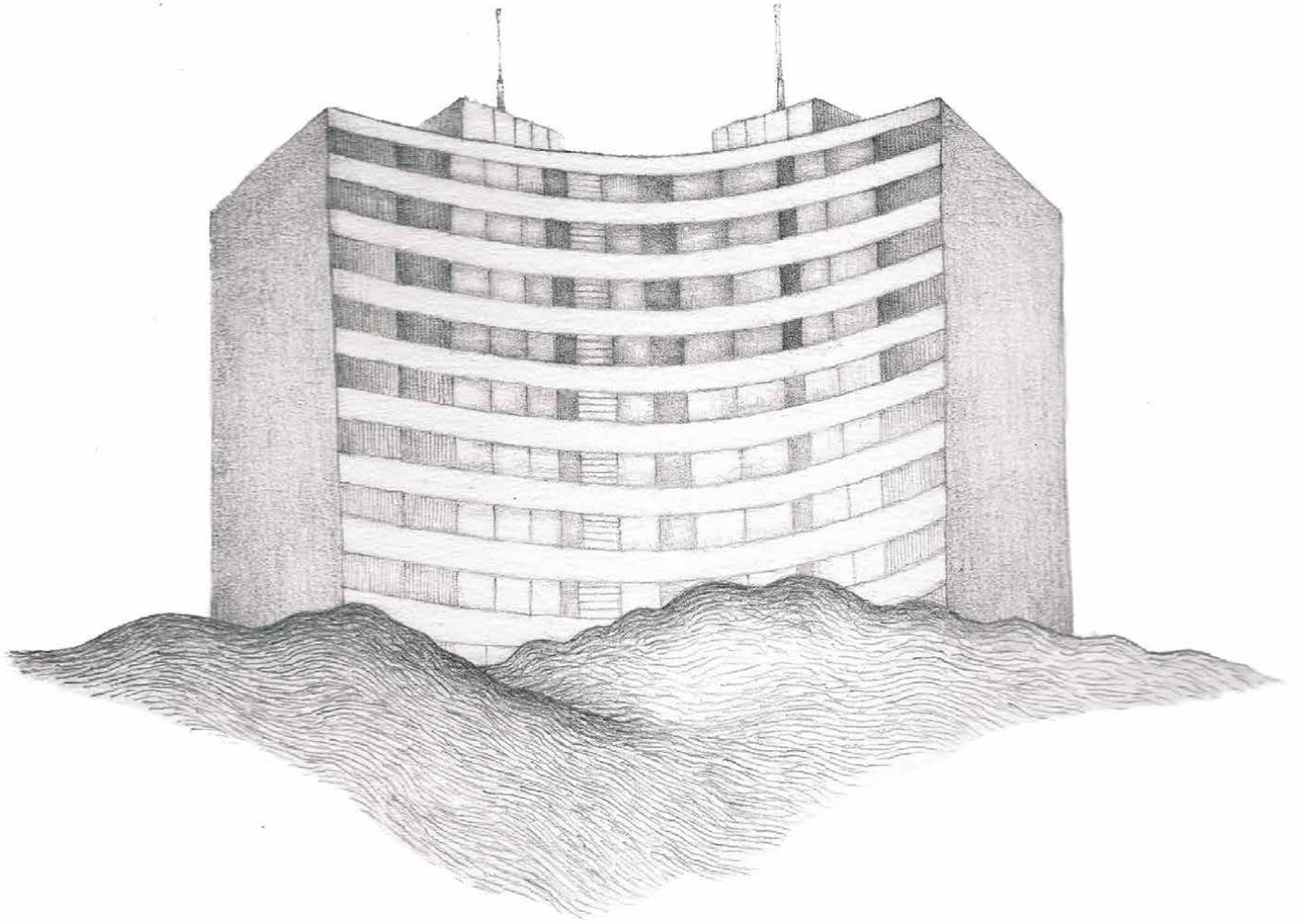
Maranta Rubiera

Jose, ¿no José! Exacto. Es que no veo bien. Vale, intentaré explicarle. Aunque lo mejor sería que se lo explicara mi chica... amiga. Pero como no la dejan pasar, lo intentaré yo. Ella es extranjera y mayor que yo. Es la primera vez que salgo con una mayor que yo, no de mucho, pero igual es la primera vez, y oiga que estoy aprendiendo mogollón de cosas. No tanto porque sea extranjera, que también, sino por lo de la edad. Como dice ella «más sabe el diablo por viejo que por diablo», ja, ja. ¡Ay, joder!, que me duele, no puedo ni reírme, doctor. Me dice siempre refranes muy curiosos, porque allá en su país como que los usan para todo. Incluso ahora en la sala de espera me decía «Así perdió el ojo el pirata», como para hacerme reír y distraerme, porque la verdad que me duele mucho. Intentó explicarme qué coño quería decir con eso, pero no entendí. Ando un poco denso. Y los piropos, no vea los piropos que le gustan y hasta me pide que se los repita. Cosas como «si fueses mango te chuparía hasta la pepa». ¿Se imagina que uno le diga eso a una chica por la calle aquí? Te revientan a hostias, como mínimo. Yo no logro ni decirlos, a ver, que hasta miedo me da, aunque ella me lo pide, a veces. Pero cuando los dice ella suenan bien, ¿sabe?, porque las latinas hablan diferente. Según ella nosotros aquí en España hablamos como violento o agresivos, o algo así ha dicho. Y eso que ya no decimos piropos. Vaya...

Sí, sí, ya voy al grano. Créame, lo que le estoy contando tiene que ver con el ojo, ¿hombre, no he venido a urgencias para hablar de mi vida sentimental! Es que esta tía pide cosas extrañas... que me ponen. Y mire que yo tampoco soy un crío sin experiencia, ¿qué va, qué va!. De follar he follado bastante, hasta cansado estaba ya, en serio le digo. Y resulta que llega ésta y me muestra cosas que a veces me hacen estallar la cabeza. No me refiero a nada extremo

ni ilegal, porque ya sabe muy bien, doctor, que con el porno uno ya ha visto de todo. No, no. Son cosas que nunca había ni imaginado. A veces me quedo como pensando: «¿cómo no sabía yo esto o aquello?» Ya, en la primera cita, ella me dice: «estoy en menopausia», sin pelos en la lengua. En rollo «si no estás por la labor, puedes salir de una vez por la puerta». No con esas palabras, pero el tono era así, de reto, en plan «¿eres lo suficientemente valiente para salir de tu zona de confort?». Yo me he quedado en blanco, no sabía ni qué pensar. Ya le he dicho que es la primera vez que salgo con una mujer mayor que yo. En fin, que me pudo la curiosidad y acepté el desafío. Y no vea la de cosas que he aprendido y descubierto. Aún no entiendo ni la mitad, pero me gusta, sí. Esta mujer me habla de que si los músculos pélvicos o algo, que si las hormonas, el climaterio, que si los ciclos del cuerpo. Me dice que también los hombres tenemos ciclos, pero esa es una de las cosas que no tengo claras aún. ¿Usted sabe algo de eso? A ella ya no le baja la regla. Mejor. Aunque a mí nunca me ha importado follar en ese momento, eso, que me da igual. Y me ha enseñado a hacerle unos masajes en el coño con el pulgar. Me dice que soy muy bueno. Siempre antes de ir a verle me corto la uña bien corta para no hacerle daño. A mí me encanta, me pone un montón porque siento cómo los músculos ahí adentro se van amoldando y relajando, a veces incluso más que con la misma polla. Además desprende un olor como de lluvia tropical, ¿usted ha olido la lluvia tropical, esa primera tormenta que cae después de la sequía? ¡Es la hostia!, de las cosas que más recuerdo de mi viaje de mochilero por Asia. Pues, es como si ella llevara por dentro esa lluvia. No sé bien cómo explicarlo. Repito, son cosas que en el porno no salen. Y también me pone mucho ver cómo ella se va calentando y alegrando de que se le humedezca el coño. Me dice que, además de su país exuberante, echa mucho de menos su coño mojado de cuando era joven y desbordante de flujos, me dice. A veces habla como una poeta, ella. Que sí, que esto tiene que ver con el ojo, doctor. No se impacienta. La paciencia es otra de las virtudes que estoy practicando con esta mujer. En fin, que uno de los ejercicios que le han recomendado para lo de la pelvis es con un *dildo*. Se ha comprado uno de madera de olivo muy chulo, artesano. Es pequeño, más pequeño que mi polla. Con eso tiene que hacer unos ejercicios de succionar y empujar, muy locos, en plan show de puticlub en Bangkok. Me

encanta porque me deja participar en todo y, como soy muy curioso, me he puesto en primera fila ahí entre sus piernas para la prueba de ejercicios, esos de succión y puje. Ella está como flojita de cuerpo, no es muy musculosa, pero resulta que en esos músculos de la vagina tiene una fuerza que no veas, Sansón se queda corto, ¡joder! La primera parte del ejercicio vi como se sorbía el dildo con el chocho, así tal cual, tío. Y, como aún no controla bien, cuando le tocaba pujar ha echo más fuerza de lo necesario y el trasto ese de la hostia ha salido disparado como un proyectil directo hasta mi ojo. Como yo estaba tan cerca no me ha dado tiempo de reaccionar. Y aquí estoy. Ella lo ha traído por si necesita verlo. Me duele mucho, la verdad... estoy preocupado. ¿Cree que perderé el ojo? Dígame, ¿tendré que llevar parche como un pirata, doctor?



VI

Entre una nota y otra

Pedro Castillo

Mírame coño! ¡Mírame! ...no veas hacia abajo, podrías marearte y caer. Me estabas contando sobre aquel edificio... ¿dónde era? ... ¿en Los Palos Grandes?

Sí, vale, ¿no lo recuerdas? nos bajábamos en el metro de plaza Altamira o de Parque del Este, creo que no importaba, igual llegabas; si te pelabas tenías que caminar unas cuadras pero igual llegabas. De hecho, yo prefería bajarme una estación antes. Se me nublan un tanto los recuerdos pero creo que era en esa zona que estaba el edificio, uno de esos importantes, con unos largos balcones azules que formaban un arco como una «u» muy achatada y que como dos brazos se extendían queriendo envolver al Parque del Este.

Algunas veces, cuando iba apurado, lo veía con el rabillo del ojo mientras esquivaba el río de gente que se me abalanzaba: maletines, tetas, carteras, codos, chaquetas, cabelleras despeinadas, vendedores ambulantes, culos forrados en *jeans*, buhoneros, niños mendigando, caras tristes, adultos mendigando, uniformes, en fin.

Otras veces, cuando iba sin prisa porque me había escapado de la clase anterior como para tomar un café o algo, podía detenerme un momento en la acera y contemplarlo. En la ciudad, todos miraban la montaña o decían que la miraban y, en verdad, no le hacían gran caso, mantenían las apariencias, tenían miedo de parecer diferentes. Yo en cambio, me quedaba disfrutando de aquella maravilla de la arquitectura. Podía sentir una complicidad serena, como si entendiera el lenguaje pétreo que emanaba de sus estructuras. Tenía la fantasía de que solo yo era capaz de admirar la majestuosidad de sus cornisas y la perfecta armonía de aquellos balcones aéreos.

Pero ya nada de eso existe, extraño ese mundo; no, más bien, extraño al Mundo. ¿Sabes? Hoy al levantarme, antes de venir acá me vi al espejo y me dije: ¿Te acuerdas del Mundo?... Pues no pude responderme, me quedé ahí, en silencio, por unos minutos, o fueron unas horas. En verdad no lo sé, se me salían las lágrimas, al rato estaba sollozando y extrañamente me sentí vivo, como si de pronto el llanto me hubiera devuelto una conexión perdida hacía tiempo.

Entiendo, mejor no pienses en eso, solo mírame... toma mi mano, despacio, toma mi mano, eso... ¿ves qué fácil? Ahora sí, continúa...

Annalisa decía que era de Beckhoff y yo que no, que ese era de Sanabria; le encantaba discutir siempre que tenía oportunidad, sobre todo si era acerca del período posmoderno de los años cincuenta. Se le metió en la cabeza que no había tal influencia del barroco, que en verdad la mayoría de las obras de la ciudad tenían un marcado estilo francés heredado de cuando el gomecismo. Si no —me decía— que viera la fachada del Banco Suramericano o la columnata y los arcos en el Teatro de La Opera. Ella te soltaba ese rollo con aquella frescura como si siempre lo hubiera sabido, al tiempo que hacía esos ademanes extraños agitando las manos en el aire como si explicara sobre un pizarrón invisible.

Creo que fue a partir de esos episodios, estudiando en los jardines de la facultad, que empecé a fijarme en ella, apenas unas semanas antes de que viniera El Gran Encierro y nos cambiara la vida para siempre. Y aún así, con el distanciamiento y las restricciones que nos impusieron, empezamos a vernos; burlábamos el toque de queda y nos reuníamos con otros estudiantes en algún tugurio clandestino.

Aunque todo parecía estarse yendo a la mierda, ella mantenía su buen humor. Yo sé que quieres besarme las volutas —me decía— pero antes tendrás que pasar por el frontispicio; y yo le contestaba que estaba equivocada, que lo que me hacía perder la cabeza era su claustro trasero. Sí que me había enamorado de esa chica. Mantuvimos el contacto como pudimos hasta que un día, después de los exámenes finales que tuvieron que ser online, me llamó y me dijo: creo que estoy infectada.

¡Epa! No me sueltes... te estás alejando...

Y lo estaba, ya empezaba a mostrar síntomas, le dolía la cabeza. Hay que devolverle la ciudad a la gente, solía decir a voz en cuello cuando se lanzaba a discutir con alguno de los profesores, algo que ninguno de nosotros tenía el valor de hacer. La fuerza de la arquitectura no está en el espacio sino en el vacío. Es como el silencio en la música —me dijo una vez— no lo escuchas, pero está ahí, entre una nota y otra, sin él no habría melodías, ni conciertos, ni sinfonías.

La pandemia nos volvió locos a todos; o quizá simplemente nos dimos cuenta de que ya lo estábamos. Se decían cualquier cantidad de cosas, que si la mascarilla esto, que si el encierro aquello, que si la distancia, que si el 5G, que si el chip. Todos hablaban, pero nadie escuchaba; como si hubiéramos agregado un piso más a esta torre de Babel en la que se ha convertido el siglo XXI. Habían dicho además que la enfermedad no afectaba a los más jóvenes; pues era mentira, una más de las incontables torpezas. A los pocos días ya le costaba respirar y hubo que internarla. No supe en donde, pues no había camas en los hospitales, ni ambulancias, ni respiradores, ni nada. Nunca más la volví a ver, el final me lo contó su hermana hace unos días.

¡No!... ¡No saltes!... ¡por favor!...

Lo siento, solo quiero atravesar el vacío y seguir esas manos que aún explican en el aire,

sobre un pizarrón invisible

...entre una nota y otra...



VICENTE LIRA

Licenciado en Letras y Magíster en Literatura Venezolana. Escritor aun a costa de sí mismo, a tiempo incompleto y siempre insatisfecho.



ELENA LÓPEZ MENESES

Promotora cultural, tallerista de literatura infantil e investigadora de tradición oral. Autora del libro infantil *Dan dan dero*, Ediciones Ekaré. Ha sido incluida en varias antologías: *Voces Nuevas*, CELARG; *Puro Cuento*, Taller Editorial El Pez Soluble; y más recientemente en *Pasajeras: Antología sobre el cautiverio*, Editorial Lector Cómplice. Sus poemas han sido publicados en el «Portal de poesía contemporánea» y en petalurgia.com. Autora del libro infantil inédito, *Un duende llamado Momoe*.



MARANTA RUBIERA

Exploradora y escritora venezolana. Autora de las novelas *Hembra* (premio xPlora) y *Soga*. Actualmente trabaja en su primer guión de cómic.



PEDRO CASTILLO

Ingeniero electrónico egresado de la Universidad Simón Bolívar de Venezuela y locutor de la Universidad Central de Venezuela. Cursó talleres de narrativa en Integrarte, en el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos con Israel Centeno y en el ICREA. Es fundador del grupo literario Texto Sentido y participó como productor y locutor en el programa del mismo nombre de la Emisora Cultural de Caracas.

cuatro voces



ALBA HOYOS

Madrileña de pura cepa, de madre artista y padre comerciante. Se interesa por el arte desde temprana edad y forja su carácter rebelde e insurrecto tras 15 años en un colegio católico. Estudia Bellas Artes en la Universidad Complutense de Madrid y, al terminar la carrera, obtiene una beca europea para desarrollar trabajos de arte e ilustración en contextos sociales en Berlín. Al volver a España, cursa un grado en ilustración en la escuela Artediez. Ha participado en varios proyectos literarios y de autoedición. Actualmente compagina su actividad como ilustradora con trabajos de diseño gráfico. Colabora como ilustradora con petalurgia.com



www.petalurgia.com
petalurgia@gmail.com
[@petalurgia](#)